



Entrevista a Ana Teresa Torres: “Ser psicoanalista es una manera de pensar, de recordar...”

Alicia Elena Díaz

La entrevistada, fundadora de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, nos comenta sus experiencias desde sus inicios como psicoanalista y su pase a la literatura, a la cual se dedica actualmente con mucho éxito tanto nacional como internacional.

Desde hace años usted ha sido una escritora muy reconocida tanto en Venezuela como internacionalmente, merecedora de una serie de premios y menciones, por lo que es muy tentador no comenzar esta entrevista hablando sobre la novelista, pero haremos un esfuerzo para remontarnos a sus inicios como psicoanalista. ¿Cómo los recuerda?

Aunque desde el punto de vista del país en general disfrutábamos de una buena situación, eran tiempos difíciles para ser psicoanalista. Cuando yo me interesé en hacer la formación psicoanalítica era imprescindible ser médico, y para superar ese obstáculo fue necesaria una lucha bastante larga. Estrella Parra de Rísquez y yo fuimos las primeras psicólogas admitidas en el Instituto de Psicoanálisis de la Asovep, por el año 1977. Al mismo tiempo la formación era entonces muy estricta, muy autoritaria; en general, creo que teníamos miedo de nuestros profesores, nuestros supervisores e incluso de nuestros analistas. Un poco como en las series policiales americanas, “cualquier cosa que usted diga (o piense) puede ser utilizada en su contra”. Sin embargo, fueron también tiempos de mucho fervor. Estudiábamos con verdadera pasión de aprender y los profesores enseñaban con el mismo espíritu. En general recuerdo esos años con mucha emoción porque tenía un gran deseo de ser analista, y finalmente se había cumplido.

De su experiencia como psicoanalista ¿qué tipo de memorias prevalecen?

Siempre fui una analista con vocación terapéutica, y nunca entendí la idea de que el analista trabajase sin el deseo de curar. Yo quería ser analista precisamente por eso, porque me parecía que era con el psicoanálisis como se podía ayudar mejor a las personas a resolver sus problemas. Las memorias, entonces, son las de pacientes difíciles —siempre neuróticos—; solamente trabajé con psicóticos cuando hice la formación como psicóloga clínica en el Hospital de Salud Mental conocido como El Peñón, y también en mis años de estudiante de psicología, cuando fui pasante en una clínica psiquiátrica privada de la que guardo recuerdos muy traumáticos. Pero en la experiencia psicoanalítica fue distinto. Elegía a mis pacientes, o mejor dicho ellos me elegían a mí, dentro de personas que pudieran estar muy comprometidas pero con las cuales me parecía que tenía posibilidades de ayuda. Y lo más gratificante que recuerdo es precisamente la sensación de haber podido ayudar en el sufrimiento psíquico.

Por supuesto recuerdo mucho los tiempos en que fundamos la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, a fines de los años 80. Fue también una época dura porque si hubiésemos fracasado, es decir, si la IPA no nos hubiese entonces reconocido como grupo, hubiera sido difícil sobrevivir como psicoanalistas; para muchos de nosotros eso representaba una opción entre irse de la IPA o quedarse en un exilio interior. Por suerte todo salió muy bien, y esos años fundacionales también constituyen una memoria importante; tuvimos una gran entrega a la misión que nosotros mismos habíamos escogido. Y a pesar del trabajo y de la angustia que todo ello comportó, en la distancia me parece que fue un momento privilegiado. Yo no tenía demasiado tiempo de graduada, y ya estaba participando en la fundación de una nueva sociedad, con lo que eso implicaba de discusiones, reflexiones, conflictos y ansiedades. Fue, si se quiere, una experiencia muy freudiana esa de echar a andar un proyecto contra viento y marea, y sin que inicialmente nada estuviera garantizado.

Luego de haber logrado ese proyecto tan cuesta arriba como psicoanalista, ¿añora hoy en día la práctica clínica con sus pacientes?

Dejé el psicoanálisis clínico en 1994. Y he constatado algo que en una oportunidad le escuché al doctor Juan Antonio Olivares, quien fue uno de mis profesores en Asovep: "una vez que se es psicoanalista no se puede dejar de serlo". Me pareció muy radical pero ahora pienso que es cierto; ser

psicoanalista es una manera de pensar, de recordar, de comprender, que no se puede abandonar. Ahora, a la pregunta de si echo de menos la práctica clínica, diré que no. A veces, en algún momento, me he preguntado qué pasaría si de pronto tomara un paciente, y pienso que no, que no es lo que quisiera hacer. Un paciente es un compromiso fijo, un compromiso al que no se puede renunciar sin consecuencias, y que exige, además, continuar estudiando para estar al tanto de las nuevas producciones psicoanalíticas.

Paralelamente a su ejercicio profesional en la clínica, usted –siempre acuciosa en el ámbito teórico y de investigación– publicó varios libros: Elegir las neurosis (1992; 2002), El amor como síntoma (1993), Territorios eróticos (1998), y fue coautora de las Perversiones en la práctica psicoanalítica (1992; 1994) y La infancia del psicoanalista (1995), y además escribió innumerables artículos. ¿Fue esto una forma de definirse como escritora e ir renunciando al psicoanálisis a través de él mismo?

En cierta forma la escritura de esos libros fue simultánea con la de mis primeras novelas, pero no del principio de mi escritura. Me parece que escribir psicoanálisis era, ciertamente, una manera de seguirlo haciendo pero sin el compromiso personal que impone el ejercicio clínico. No es que me asuste el compromiso personal, sino que quería, y quiero, ser escritora, y son dos oficios incompatibles. No tanto por su técnica sino por la exigencia que ambos comportan y que durante un tiempo traté de compartir hasta que sentí que era imposible. El deseo de curar fue dando paso al deseo de escribir. Pero, sin duda, la escritura psicoanalítica es una manera de continuar con el tema. Después de publicar esos libros que se mencionan, pensé que no volvería sobre el asunto, pero no fue así; me faltaba saldar una deuda con el tema de la teoría de género desde el psicoanálisis, y escribí *Historias del continente oscuro. Ensayos sobre la condición femenina* (2007), que también me pareció un punto final, pero ahora no me atrevo a asegurarlo.

Usted planteó que una de las intenciones al escribir Elegir la neurosis era la de “ceñir la neurosis en el campo del psicoanálisis, pero que no era el único desde el cual podía enfocarse el tema”. ¿Desde cuál otro campo podría explicarse el tema?

Creo que la frase es exactamente “ceñir la neurosis en el campo del psicoanálisis, que, por supuesto, no es el único desde el cual puede enfocarse el tema”. Me refería a delimitar el campo diagnóstico de las neurosis, y la

topografía del mismo, sin entrar en otros ángulos como serían las técnicas terapéuticas.

Ambos oficios –tanto ser psicoanalista como escritora– son muy solitarios, sin embargo, existe un contraste grande pues la obra luego de finalizada es leída por los otros y comentada por el público lector ¿Qué opina de esta diferencia?

En el trabajo clínico todo tiene lugar dentro de un clima de intimidad, mientras que en el trabajo literario, una vez que la obra ha sido publicada, pertenece a lo público, y está expuesta a la visión de los otros. Esto le da más amplitud, más visibilidad al trabajo realizado, pero, en contraste, el ejercicio psicoanalítico produce una experiencia más intensa porque se trata del diálogo no con un lector, la mayor parte de las veces desconocido, sino con una persona que está frente a frente.

De alguna manera, al escribir está frente a frente a los personajes ficticios de sus novelas, ¿hasta qué punto piensa que interviene el material inconsciente en una obra literaria?, ¿existirá algún paralelismo entre la práctica psicoanalítica y el dedicarse por horas a plasmar sus fantasías en un libro?

Como persona formada psicoanalíticamente, sigo pensando que toda acción humana está determinada inconscientemente, es decir, que cuando una persona crea una obra de ficción lo está haciendo en los dos niveles de la subjetividad: la posibilidad de comprender intelectual y emocionalmente lo consciente, y la posibilidad de incluir lo que forma parte de su vida inconsciente. No pueden separarse estos dos niveles. De ese modo cada escritor introduce en sus obras de ficción elementos de la memoria, que selecciona sin saber muy bien por qué, y elementos de sus personajes que también aparecen sin que pueda explicarlo racionalmente. La escritura envuelve toda la subjetividad, de la misma manera que lo hace el acto psicoanalítico. Ahora, bien, esto no significa que los personajes de ficción sean utilizados como material clínico, o confundidos con pacientes de carne y hueso. La presencia de la subjetividad del escritor, como la del analista, está en el fondo de su acto de una manera general. Eso hace diferentes a los escritores como hace diferentes a los analistas.

El paralelismo entre ambas situaciones –la de crear y la de analizar– me parece evidente. Creo que toqué este tema en un artículo titulado "El psicoanálisis como relato". En cierta forma el analista recrea un relato a propósito de la vida del analizado, una versión diferente a la que el analizado

presenta, y eso es de alguna manera lo que constituye una interpretación. Es decir, “interpretar” lo que otro dice de acuerdo con otros parámetros. En esa versión que el analista introduce hay un acto de creación por su parte; se entiende que es una versión “diferente” a la que el analizado tenía de sí mismo; pero es una versión no totalmente libre por parte del analista ya que debe proponerla de acuerdo con las claves que ha entendido del analizado, y tiene un propósito, como es ayudarlo a conocer y apropiarse de lo desconocido dentro de sí. En cambio, en las fantasías que el escritor introduce en su libro tiene una libertad mayor, no requiere contar con las claves presentadas y no tiene un propósito de utilidad terapéutica.

¿Será posible hacer una comparación entre lo que “dice” la obra —tanto en lo literal como en lo literario— y lo que se entiende como el contenido manifiesto de los sueños? Y, además, serían interesantes sus comentarios sobre a qué motivos psicológicos se puede atribuir la elección de un protagonista (héroe) y uno (antihéroe) por parte de un escritor de cuentos y novelas.

La comparación se puede hacer pero me resulta forzada. El contenido manifiesto de los sueños es una deformación simbólica —a través de los mecanismos de desplazamiento y condensación— de los elementos latentes o inconscientes del soñante; por ello su contenido es absurdo o inverosímil desde el punto de vista de la lógica del pensamiento consciente. En cambio, la obra literaria es una construcción en la que intervienen precisamente los elementos del pensamiento consciente para darle forma a un contenido que debe presentar cierta racionalidad, o verosimilitud, aunque sea una obra de contenido fantástico. Pero, por supuesto, la obra literaria en su conjunto encubre o contiene elementos de la vida inconsciente del autor, como ya dije.

En ese sentido la elección de los protagonistas tiene mucho que ver. No se eligen al azar sino que de alguna manera son voces que llaman al autor para que les dé el espacio y el sonido. Sin embargo, es muy curiosa la experiencia compartida por muchos novelistas en cuanto a los personajes, pues, a pesar de haber sido creados por uno mismo —e incluso el autor puede haber marcado para ellos un cierto destino—, tienden a “rebelarse”, a dirigir sus propios pasos que con frecuencia no son los que se les había señalado. Psicoanalíticamente, esto puede explicarse como la acción del inconsciente: el autor tiene una intención consciente y voluntaria que quiere plasmar en el personaje, pero al mismo tiempo una intención inconsciente e involuntaria que finalmente triunfa sobre la anterior.

Aunque sabemos que lo psicológico está en todas las actividades humanas, ¿piensa usted que en su caso personal, como autora tan versátil, existe un equilibrio entre lo específicamente psicológico y los demás temas transitados en sus escrituras?

Creo que existe en mí una multiplicidad de intereses, y que de alguna manera eso se expresa en los distintos libros que he escrito. Pienso que lo psicológico-personal es fundamental, y es probablemente el tema que más me interesa, o en todo caso el que mejor conozco, pero a la vez me siento atraída por otras instancias, que pueden ser las del territorio psicosocial, lo político, lo humanista en general. No estoy segura de si he guardado un equilibrio en todo esto, lo que es cierto es que no me he dedicado a un solo tema porque siempre aparecen otros que me intrigan.

Desde su punto de vista, ahora como novelista y con mayor distancia del quehacer psicoanalítico, ¿cómo ve la evolución del psicoanálisis en el siglo XXI?

Debo confesar que, al mismo tiempo que dejé la práctica clínica, abandoné también el estudio de la producción bibliográfica psicoanalítica. No estoy entonces muy al tanto de cómo ha sido la evolución teórica y clínica en estos años que corresponden al siglo XXI, pero lo que comprendo, a través de los colegas, los programas de los congresos, las modificaciones institucionales de la IPA, es que hay un enorme esfuerzo del psicoanálisis por sobrevivir en un mundo completamente diferente del que fue creado. Sigo pensando que el psicoanálisis es el método más iluminador para comprender la subjetividad humana que jamás se haya inventado, y que hasta la fecha ningún otro lo ha superado; pero, por otra parte, las condiciones para realizarlo y las exigencias del tiempo contemporáneo no lo favorecen, y es posible que la innovación de otras técnicas terapéuticas lo aventaje en corto tiempo, si es que no ha ocurrido ya.

En este sentido soy bastante nostálgica. Me fascinan esas escenas freudianas de los grandes neuróticos, y no siento demasiada curiosidad por el análisis en SKYPE, o por la constante exigencia de los pacientes venezolanos de hoy que quieren que sus analistas les calmen las incertidumbres políticas que han acompañado a nuestro siglo XXI.

Por último, ¿cuál de sus obras siente como la más significativa en lo personal? Temo que formularle esta pregunta es una forma de saber a cuál de sus hijos prefiere... ya que todos ellos fueron concebidos y dados a luz por usted.

En lo personal, la más significativa fue la primera, mi novela *El exilio del tiempo* (1990). La razón es muy sencilla: si seguimos el paralelismo entre psicoanálisis y literatura, así como hay un momento en que el aprendiz queda autorizado a llamarse psicoanalista, en el trabajo literario también, y esa novela me dio la autorización para considerarme novelista.